

SPECTOR, Céline, *Émile. Rousseau et la morale expérimentale*, Paris: Librairie Philosophique J. Vrin, 2022, 366 pp.

La autora de este libro, Céline Spector, es profesora de Filosofía en la Universidad de la Sorbona, autora de otras obras sobre Rousseau, sobre filósofos franceses del siglo XVIII y sobre filosofía política contemporánea. Este libro de Spector es una buena exposición académica, rigurosa y detallada, del *Emilio*, la obra que el propio Rousseau consideraba «la más importante, aquella que manifiesta mejor los principios de su “sistema”» (pp. 20-21). La autora desmenuza la obra, poniendo en relación las diversas partes del tratado rousseauiano, que aparece como la síntesis de su pensamiento e ilumina el resto de sus escritos.

*Emilio* trata de educación. Su objeto es el hombre, su mente y su conducta, pero no el hombre abstracto, sino el hombre como individuo, como un ejemplar viviente de la especie humana. Este individuo viene representado por un niño con sus caracteres particulares y con un nombre propio. Por tanto, en *Emilio* encontramos primero una teoría del *hombre* individual, un estudio psicológico de la mente humana; segundo, un tratado de filosofía *moral*; tercero, una filosofía de la *religión*, y, finalmente, una síntesis de su teoría *política*. Todas estas cuestiones se abordan desde el punto de vista de la teoría y la práctica *educativa*.

El recorrido de esta teoría de la educación tiene cinco etapas, que se corresponden con los cinco libros en que se divide la obra. El libro I plantea el marco de entrada en el que se basa

todo el pensamiento de Rousseau: el hombre es un ser natural y es bueno por naturaleza, pero cuando entra en sociedad se corrompe y degenera; por consiguiente, la naturaleza debe ser la guía de la educación del individuo. Spector encabeza este primer libro con el título «La marcha de la naturaleza» y, parafraseando las primeras palabras del *Emilio*, afirma: «Para Rousseau, la educación debe formar a un hombre virtuoso, feliz y libre, a pesar de la corrupción de la sociedad en la que está llamado a vivir» (p. 41). A partir de este marco se establecen los grandes principios de la educación. 1) La educación opera a través de la *razón*, que Rousseau define como la «facultad moral de ordenar todas las facultades de nuestra alma de acuerdo con la naturaleza de las cosas y sus relaciones con nosotros» (*Lettres à Sophie*, cit. en p. 46). En esta definición aparece la naturaleza como guía de nuestras facultades y de nuestras acciones. 2) La educación enseña al individuo (Emilio) a vivir y vivir es *actuar* («agir»). 3) Puesto que la naturaleza es la guía de la educación, la acción humana debe seguir a la *naturaleza*. La educación debe llevar este orden: la naturaleza, los hombres y las cosas. 4) La primera dimensión, la naturaleza, implica la *educación negativa*: hasta los doce años el niño debe vivir aislado, en un marco natural, en el campo, con las relaciones mínimas necesarias para su supervivencia; la naturaleza se encarga de su educación en esta fase, con la ayuda del preceptor. La educación negativa no altera la naturaleza, la bondad natural del individuo. 5) La *bondad natural* del individuo incluye tres tesis: a) el amor de sí, que

rige al hombre y le impulsa a cubrir sus necesidades sin hacer daño a otros; b) el sentimiento de piedad, que le hace compadecerse del sufrimiento de sus semejantes; c) la bondad natural no es virtud, pero es la base de la conciencia moral, que conduce a la virtud como dominio de la razón sobre las pasiones negativas. 6) Este último punto es el fundamento de la *autonomía moral* y la libertad del individuo, que son los principios de la vida en sociedad. Este principio de autonomía moral, que Kant adoptaría como eje de su filosofía práctica, es el verdadero objetivo de la educación del hombre. «Rousseau – dice Spector– rechaza usar la autoridad o el imperio en la educación... La educación será libre o no será» (p. 78).

Una vez establecidas las bases de toda educación, comienza la evolución psicopedagógica del niño. Al final del primer libro Rousseau expone los primeros desarrollos de la infancia, centrados en el dominio del cuerpo, como comer, caminar, hacer ejercicio físico, hasta que el niño comienza a hablar. El libro II comienza cuando el niño deja de ser «*infans*», no hablante, y continúa durante el resto de la niñez («*puer*»), hasta los doce años más o menos, desarrollando el lenguaje y la conciencia de sí, los sentimientos y las ideas. Esta etapa de la vida contempla el desarrollo de las facultades del niño bajo el título de «razón sensitiva», en el cual se incluyen las dos capacidades cognitivas básicas, sensibilidad y razón, que Rousseau asocia en esta primera etapa de la vida, y que después serían los ejes de la gnoseología kantiana, así como un precedente de las teorías contemporáneas de la inteligencia sentiente y

la inteligencia emocional. En esta etapa infantil la educación racional-sensitiva se realiza bajo el lema «Depender de las cosas y no de los hombres» (p. 80) y su objetivo será llevar al niño, a través de la razón sensitiva, hacia la razón intelectual en la madurez.

Así pues, la razón sensitiva se desarrolla según el principio pedagógico fundamental: «Seguir la naturaleza». Esto implica, en primer lugar, atenerse a los deseos naturales y necesarios. La sabiduría consiste, según Rousseau, en lograr un equilibrio entre el poder y el deseo, en igualar el poder y la voluntad, no desarrollando más las facultades que las necesidades ni creando necesidades que no puedan ser satisfechas. Esta igualación entre poder y deseo requiere que cada individuo conozca ambas cualidades en su propia conciencia, conozca cuáles son sus deseos/necesidades y con qué poder cuenta para satisfacerlos. En resumen, Rousseau trae de nuevo a la modernidad el lema socrático «Conócete a ti mismo», como pórtico de la teoría del hombre individual, al igual que otros pensadores modernos. El equilibrio entre facultades y necesidades conduce a la felicidad, según la ley de la naturaleza y en contra de los artificios sociales. Esto es lo que significa depender de las cosas y no de los hombres. Con este criterio, el niño va adquiriendo las primeras ideas morales: las leyes de la naturaleza abren el camino hacia la aparición en la conciencia de las leyes morales y jurídicas, basadas en la convención. Las convenciones y artificios sociales tienen como guía las necesidades naturales y sus leyes. Spector destaca también cómo en esta etapa

emerge la conciencia de sí en el niño, la conciencia de su individualidad y la idea del yo (p. 93). Por otro lado, la razón intelectual se desarrolla a partir de las diversas experiencias del individuo, conformadas y expresadas por medio del lenguaje. Rousseau rechaza el innatismo de las ideas, adoptando el método empirista de Locke y Condillac. Sin embargo, rechaza también el sensualismo de este último, negando que el juicio dependa de las sensaciones. Frente al «método analítico» sensualista del ilustrado francés, Rousseau adopta el método genético, que indaga las relaciones entre ideas, pues para él la razón es precisamente el arte de comparar unas ideas con otras (p. 102). Es justo en este punto donde la razón sensitiva deja paso a la razón intelectual. Utilizando el método genético, que conoce las cosas por sus orígenes y siendo la naturaleza el origen de todo, Rousseau expone cómo se desarrolla la idea de justicia, primero, a partir del sentimiento de cólera que experimentan los niños cuando reciben un daño de otro y, segundo, cuando el hombre adquiere su primera propiedad a través del trabajo y esta le es arrebatada. Las reglas de la justicia y las primeras ideas sobre la obligación moral nacen de estas experiencias que surgen ya a lo largo de la época infantil en sus últimos estadios. A partir de aquí surgirá la conciencia moral en el marco de la razón intelectual.

Así titula la autora el capítulo correspondiente al libro III, «La edad de inteligencia», pues Rousseau, que sigue a Buffon y su *Histoire naturelle* en la división de las etapas de la vida humana, considera que dicha facultad se

desarrolla en la prepubertad, entre los trece y los quince años. «Esta edad es la de la curiosidad –dice Spector–, que procede de una superabundancia de energía» (p. 127). Dicho exceso rompe el equilibrio alcanzado en la niñez entre las fuerzas y las necesidades del individuo. Este exceso de fuerzas o energía se dedica en la nueva etapa a los trabajos, las instrucciones y los estudios. Es la época de la vida en la que se introducen las experiencias y los conocimientos, primero de las ciencias físicas, que junto con las matemáticas nos permiten descubrir las leyes de la naturaleza; después se inicia el estudio de la economía política, que nos enseña las leyes del mundo humano, como la necesidad de tener un oficio para sobrevivir, aprender el uso de instrumentos para producir bienes, repartirse las tareas con otros hombres por medio de la división del trabajo. Esto lleva a descubrir los conceptos de valor y de mercancía, la idea del bienestar, etc. En este punto destaca la introducción del primer libro que el preceptor da a leer a Emilio, pues hasta ahora su educación, basada en la naturaleza, excluía los libros. Ese primer libro, que se lee a una edad ya avanzada, es el *Robinson Crusoe* de Defoe, considerado la biblia de los economistas. Sin duda, Rousseau considera que el equilibrio entre necesidades y fuerzas llega con la pubertad a una nueva fase, preparatoria de la entrada en la sociedad, y es en esa fase donde surge el trabajo, la producción de bienes para cubrir las nuevas necesidades. Pero, antes de entrar en la sociedad, Rousseau vuelve a recordar que Emilio es un individuo y que debe estar plenamente formado como

tal para poder integrarse en el mundo social. Es una última llamada a reafirmarse en la naturaleza, anclarse fuertemente en ella para poder construir la sociedad. Rousseau lanza también una idea que es premonitoria del mundo futuro: el hombre es un ser aislado en el mundo, que depende íntegramente de la naturaleza para nutrirse y sobrevivir, y esto se aplica a la especie humana en su conjunto. «La isla del género humano –dice– es la tierra» (p. 151), estableciendo un paralelismo entre el individuo en su isla (Robinson) y la humanidad en su planeta Tierra, ambos dependiendo totalmente del entorno natural para sobrevivir. Después de esta consideración del individuo como ser presocial, ya es posible dar el paso al mundo moral. La economía es anterior a la moral, es la antesala de ella; los conceptos económicos utilitaristas (riqueza, valor, trabajo, clases sociales) preparan al individuo para asumir los conceptos morales (principios, valores, preceptos, obligaciones) y asumir la práctica de la virtud en el ámbito humano, conformado como sociedad civil, con sus derechos y deberes, convenciones y normas, culminando todo en la constitución del Estado legítimo a través del contrato social. Céline Spector recuerda que Rousseau desarrolló esta relación entre economía y moral en el *Discours sur l'économie politique* (1755) y, sobre todo, en la *Lettre sur la vertu* (1757), algo que, por otro lado, era bastante común entre los economistas clásicos, quienes junto a sus tratados de economía escribían otros en los que trataban de establecer los principios de una nueva moral (utilitarista,

por supuesto, como vemos claramente en Adam Smith).

El libro IV, el más extenso de todos, contiene la filosofía moral de Rousseau, junto con sus ideas sobre religión, que van asociadas a la moral. Si el libro III trataba de la educación del hombre por última vez como individuo, el actual lo trata por primera vez como un ser social y la forma de introducirlo a este mundo es por medio de la educación moral. Esto implica educar la subjetividad, educar al individuo en su pensamiento, su sensibilidad y sus pasiones, que le llevan a relacionarse con los demás miembros de su especie. La adolescencia transcurre entre los quince y los veinte años. Se accede a ella con la pubertad, que implica la aparición del deseo sexual y con él la apertura hacia los otros. Es un segundo nacimiento: con el primero se comienza a existir y con este segundo nacimiento se empieza a vivir. El primero te lleva a la naturaleza, el segundo te conduce hacia la sociedad. El sexo marca la unión primera y más fuerte de un individuo con otros. Con él nace la primera pasión social, después vienen todas las demás; de ahí, la importancia de esta pasión para desarrollar la afectividad y sentimientos que conforman la vida moral. La moral de Rousseau no nace de una ley exterior, sino de la vida interior del individuo. La sublimación del sexo conduce a las primeras virtudes: del amor a una persona se pasa a la amistad con otras y, finalmente, al amor a la humanidad en una moral de alcance universal. El sentimiento natural de piedad también se generaliza cuando el hombre entra en sociedad. La piedad o compasión une al hombre

con sus semejantes y con la humanidad en general, como miembros de una misma especie. Esto favorece el discurso moral y político en pro de la convivencia. Así pues, las pasiones originales (amor de sí y piedad) que vienen de la naturaleza –dice Rousseau– «son los instrumentos de nuestra libertad, ellas tienden a conservarnos». Sin embargo, las pasiones «que nos subyugan y nos destruyen vienen de fuera», de la sociedad. La naturaleza, pues, nos conduce a la virtud, la sociedad nos lleva al vicio. Una nueva reafirmación de la tesis principal de Rousseau de que el hombre es un ser bueno por naturaleza y la sociedad lo degrada (p. 176). Las ideas morales surgen de la generalización de los sentimientos naturales básicos. Del amor de sí del individuo aislado nace el amor propio, al contactar este con la sociedad, y del amor propio nace el amor a otros, y de este surge la idea de justicia, que Rousseau define, de una manera bien simple, como una contribución a la «mayor felicidad de todos» (p. 225).

El complemento ideal de la moral es la religión, así como la religión es también el complemento necesario de la política. La prueba de ello está en que el *Contrato social* termina con un capítulo sobre la religión civil y el libro IV del *Emilio* contiene un pequeño tratado sobre religión en el escrito de la *Profesión de fe del vicario saboyano*. La religión es para Rousseau, como para gran parte del movimiento ilustrado, el gran marco que une al ser humano finito con la inmensidad de la naturaleza y con el ser infinito, Dios. Se trata de una religión natural, basada en la razón, que establece los principios metafísicos que

rigen la vida humana en el marco de la naturaleza y que le sirven de guía en el marco de la sociedad, cuando accede a ella. Estos principios se plasman en tres artículos de fe: 1.º) Una voluntad mueve el universo: existencia de Dios como creador del mundo. 2.º) Una inteligencia establece y preserva el orden en el mundo: la providencia divina. 3.º) La libertad humana: el hombre es libre y actúa con inteligencia y voluntad (pp. 236-237). Céline Spector desarrolla estos tres artículos con detalle, confrontando las tesis rousseauianas con las de otros pensadores ilustrados en torno a la religión: spinozistas, Diderot, Voltaire, etc. Como colofón del papel que juega la religión respecto a la moral, el tercer artículo contiene tres postulados: la libertad del hombre, la inmortalidad del alma y la conciencia moral. La conciencia moral es la síntesis de todo: es la que pone al hombre en contacto con la naturaleza y con Dios para practicar la virtud y alcanzar la felicidad. Es aquí, en la Profesión de fe del *Emilio*, donde Rousseau exclama extasiado ante esta instancia natural y divina que se aloja en el interior del individuo: «¡Conciencia! ¡conciencia! instinto divino, voz inmortal y celeste; guía segura de un ser ignorante y limitado, pero inteligente y libre; juez infalible del bien y del mal, que hace al hombre semejante a Dios; tú eres la que haces la excelencia de su naturaleza y la moralidad de sus acciones» (p. 282, cita del *Emilio*). La conciencia aparece, según Spector, como un *deus ex machina*, como la presencia de Dios en el alma humana, que le hace a este ser partícipe de la sabiduría divina para conducir su vida según la virtud. De esta manera se cierra el ciclo

del hombre natural, que sale de la naturaleza para integrarse en la sociedad, pero a través de la conciencia moral mantiene los lazos con el creador de la naturaleza, que es también la providencia que rige los destinos humanos, mientras los hombres usan su libertad. Esto nos lleva al último libro del *Emilio*, donde se habla de libertad y de política, del Estado legítimo construido por los individuos libres e iguales a través del contrato social.

El libro V culmina la tarea de la educación de Emilio con su integración plena en la sociedad donde habrá de desarrollar todo el resto de su vida adulta. Esto implica dos cosas: formar una familia y vivir en un país bajo las leyes de un Estado. Por eso el libro trata dos grandes temas, el primero bajo el título «Sophie ou la femme», que presenta el modelo de mujer que el preceptor considera ideal para su discípulo. El segundo tratará de los principios del derecho político, una lección necesaria para que Emilio sepa qué país le conviene más para vivir, según su régimen político. Spector presenta el tema de la mujer en Rousseau huyendo de los tópicos de algunas lecturas que le presentan como un autor misógino y falócrata que justificaría «la opresión de las mujeres, su falta de educación, su segregación de los hombres y su exclusión de la esfera pública y política» (p. 320). Según la autora, Rousseau concibe la familia como una institución natural, monogámica, en cuyo seno la mujer tiene «un rol acorde con su posición en el proceso sexual y reproductivo» (p. 322). Esta concepción naturalista de la familia, prepolítica, impediría pensar la relación mujer-hombre en los

términos de libertad e igualdad de todos los individuos, que tendrían efecto solo en el nivel político, sancionado por el pacto social. De hecho, según Spector, Rousseau atribuye a las mujeres la tarea del gobierno de la familia, siendo las «castas guardianas de las costumbres», jugando así un rol político de primer orden, aunque indirecto, según el modelo platónico de la *República*: entre el amor de sí del individuo aislado en la naturaleza y el amor a las leyes de la patria del ciudadano en la *polis* es necesario que exista una mediación, «la de la familia nuclear, en la que se opera la transmisión de las costumbres y la formación originaria de los afectos» (p. 324). Esta lectura «prepolítica» de la naturaleza y función de la mujer, aunque lamentable, deriva del naturalismo rousseauiano y supone una merma del concepto de igualdad original de los individuos. Además de las diferencias sexuales, Rousseau establece otra diferencia entre hombres y mujeres respecto a la ciencia: la mujer tiene una inteligencia práctica, el hombre la tiene especulativa. Ambas son complementarias para la ciencia experimental, pues, mientras las mujeres hacen muy bien las observaciones y la parte empírica, los hombres son más capaces para abstraer, generalizar y obtener los principios de las ciencias (p. 331).

Después de las relaciones morales y familiares, el final del Emilio está dedicado a las relaciones civiles y políticas. Para ello, el preceptor sugiere que los jóvenes deben viajar para conocer diferentes países con sus costumbres y leyes y poder elegir el mejor sitio para instalarse definitivamente. Junto con eso, Rousseau hace una síntesis de sus

ideas políticas, expuestas en el *Contrato social*, a fin de que el futuro ciudadano conozca la naturaleza del gobierno en general, las diversas formas de gobierno y el gobierno bajo el cual vive, para que sepa si le conviene seguir viviendo allí o prefiere renunciar al contrato que le liga con el Estado y mudarse a otro país. Sin embargo, el idealismo político del *Contrato* queda rebajado aquí a un realismo práctico: el Estado legítimo perfecto no existe, solamente existen aproximaciones en la realidad. La patria perfecta, como fusión de todos los corazones en un mismo cuerpo; la alienación total de cada individuo en un cuerpo colectivo común, dirigido por la voluntad general, siempre recta y justa; todo aquello que Rousseau soñaba en su obra política mayor, «no existe, no ha existido nunca y probablemente no existirá jamás», si parafraseamos lo que él mismo decía hablando del estado natural del hombre. Pero entre ambos extremos hay una realidad aceptable para la vida del individuo y su familia: si no existe la patria como realidad perfecta, al menos existirá un país en el que este pueda vivir tranquila y libremente. Dice Rousseau: «Quien no tiene una patria, tiene al menos un país. Siempre hay un gobierno y simulacros de leyes bajo las cuales [el individuo] ha vivido tranquilo» (p. 346, cita del *Emilio*). Spector remarca este pragmatismo político del *Emilio*: el ideal republicano puro del *Contrato* puede que sea inalcanzable, pero, en ese caso, siempre se puede optar por un régimen político no corrupto, no despótico, como la aristocracia o la monarquía, descritas por Montesquieu. Por otro lado, Rousseau da un paso más allá del *Contrato*

*social*, abriendo la perspectiva política hacia las relaciones entre Estados, lo cual abre la puerta a la consideración del hombre como un ciudadano del género humano, ampliando así el marco de los derechos de ciudadanía hacia el marco de los derechos de la humanidad. Se abre así el horizonte al cosmopolitismo kantiano y a la declaración de derechos del hombre de la futura Revolución francesa.

En resumen, Céline Spector nos presenta en este libro una lectura profunda del *Emilio*, poniendo en relación las diversas partes del sistema rousseauiano, tomando como hilo conductor la educación de un individuo particular, recién salido de las manos de la naturaleza, para conducirlo a través de sus años de formación hasta la edad adulta, donde entra en sociedad, uniéndose a otras personas, formando una familia, una red de relaciones sociales y una comunidad política, con la perspectiva de fondo de la humanidad. Para ello, según señala Spector, Rousseau pone en primer plano la ciencia y el arte de la educación, auxiliado por las ciencias del hombre: la antropología filosófica, la psicología evolutiva, la moral, la religión, la política. Este libro constituye realmente, como decía su autor, una «novela de la naturaleza humana». Me permito añadir que *Emilio* es también un precedente de otra gran novela filosófica del sujeto humano, aparecida pocas décadas después, la *Fenomenología del Espíritu* de Hegel. El libro de Céline Spector se enmarca en unos cursos especializados dirigidos a estudiantes y expertos en filosofía. Es una buena guía para entender y saborear el contenido de la obra rousseauiana,

pero la interpretación que hace la autora adolece de un exceso de literalidad y apego al texto, sin apenas salir de ahí para extraer las ricas consecuencias que ofrece esta obra rousseauiana en relación con los problemas actuales sobre el concepto de ser humano, hombre y mujer, feminismo, ideas y sentimientos morales, teoría política, teoría de la educación, ecologismo, etc. En este pequeño comentario que hemos hecho siguiendo el guion del libro de Spector hemos tratado de señalar

la importancia que tiene esta obra de Rousseau para comprender algunos de esos grandes problemas de nuestro tiempo: la naturaleza, la educación, la vida moral y política de los seres humanos. En todo caso, el lector tiene en este libro una buena guía (de momento en francés) para adentrarse en uno de los grandes clásicos de la literatura sobre educación, una disciplina que es hoy más necesaria que nunca.

José LÓPEZ HERNÁNDEZ